

Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades, de François Dubet. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

Liliana Mayer

Socióloga y Master en Investigación en Ciencias Sociales (UBA). Docente de la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV). Investigadora de la Universidad de Buenos Aires.

El sociólogo François Dubet es sin duda uno de los referentes más importantes de la teoría sociológica contemporánea. Sin dudas, gran parte de su principal aporte reside en sus investigaciones sobre el sistema educativo francés y el estado de la educación básica en otras latitudes. Sin embargo, al margen de la especificidad de sus contribuciones, estas van más allá de ser necesarias y útiles para quienes investigan y trabajan dentro de los sistemas educativos. Su perspectiva relacional, es decir, su necesidad de analizar los ámbitos educativos dentro de las sociedades en las cuales están insertos, sin perder su especificidad, lo vuelve un referente para todo analista social. Es por eso que *Repensar la justicia social* es un libro que, sin ahondar en la sociología de la educación, es ineludible para quienes trabajamos estas áreas al tiempo que lo es para todo cientista social interesado en amalgamar la acción de los agentes con las estructuras sociales como habilitaciones y restricciones para la acción social.

La desigualdad social y la igualdad de oportunidades es sin dudas una preocupación de los últimos años para nuestro autor y para los analistas sociales. En particular, no es la primera vez que Dubet cuestiona la igualdad de oportunidades y la meritocracia en sus producciones. Ya en la *La Escuela de las oportunidades, ¿qué es una escuela justa?* comenzó a desandar lo que denominó como ficciones de las sociedades contemporáneas, al tratarse de mitos que estructuran nuestras relaciones y, en consecuencia, participan de las relaciones de dominación. En este nuevo libro, publicado por la editorial Siglo XXI, el

sociólogo francés profundiza ese análisis en cinco partes: “La igualdad de posiciones”, “Crítica de la igualdad de posiciones”, “La igualdad de oportunidades”, “Crítica de la igualdad de oportunidades” y, por último, “Prioridad a la igualdad de posiciones”. Si bien los dos modelos que somete a crítica buscan reducir la tensión existente en las sociedades democráticas derivadas de las relaciones de fuerza y de la herencia tradicional, toman ejes diferentes. Dubet permite pensar estos esquemas en clave dukheimniana, es decir, como diferentes modelos de estructuración del lazo social: la igualdad –o desigualdad social– es una construcción social y, según la perspectiva que se adopte, las respuestas políticas serán diferentes.

Así, mientras el modelo de la igualdad de posiciones busca analizar los lugares que hombres y mujeres ocupan en la sociedad y el espacio social, la igualdad de oportunidades está basada en el relato central de la modernidad: al ser todos iguales, todos podemos alcanzar las posiciones más deseadas. Según este modelo, todos partiríamos del mismo punto, y, gracias a una competencia (socialmente) justa, ganarían la carrera los mejores. El modelo de la igualdad de posiciones se ubica en otro lugar: reconoce las inequidades de inicio –no todos estamos en el mismo punto de partida– y promete equiparar condiciones para aproximar allí a los sectores excluidos. Más allá de los aspectos claramente positivos de ambos modelos, ambos son claramente criticables. En palabras de Dubet, el modelo de igualdad de posiciones conduce a adoptar –incluso a pesar de uno mismo– una sensibilidad liberal y denunciar este modelo de protección como injusto y conservador. A su vez, la crítica a la igualdad de oportunidades invita a que “nos sintamos un poco vieja izquierda, renuentes a la lucha de todos contra todos” (Dubet, 2011: 94). Aquí el dilema del sociólogo: mostrar críticamente ambos modelos o tomar posición sobre uno de ellos. Dubet decide esto último. El *ensayo* realizado se define a favor del modelo de igualdad de posiciones por considerarlo el que más ayuda y cuida a los más débiles y el más justo. Entonces, el autor esbozará su inclinación por el principio de posiciones. A los lectores asiduos de Dubet no les sorprenderá esta toma, justamente, de posición. Ya en artículos y libros anteriores, a los que nos hemos referido líneas arriba, se manifestaba a favor de este sistema de justicia social. Sus razones: el modelo de la igualdad de oportunidades no cuestiona las desigualdades sociales existentes e inaceptables, sino que, por el contrario, las naturaliza y justifica. El velo de la meritocracia es el principal recurso para ello. Aquí

Dubet analiza las desigualdades en términos de salud individual y colectiva: las desigualdades hacen mal, dice categóricamente, no sólo a la salud y bienestar de los ciudadanos, sino a la democracia. Cuando la sociedad se muestra incapaz de resolver sus propias desigualdades e injusticias, aumenta su desafección respecto de las instituciones. Nuevamente, los rastros durkheimnianos emergen, haciendo alusión al estado de anomia, no sólo como vacío normativo y moral, sino como el desosiego que sienten los individuos al carecer de incentivos y recursos sobre los cuales orientar su acción y evaluar sus logros. Entonces, este modelo ayuda a la cohesión del tejido social. Luego, le agrega como ventaja el hecho de que las posiciones determinan las oportunidades, o, dicho de otra manera, eleva la movilidad social al primer plano. Por último, promueve la autonomía individual. Aquí es donde Dubet llama a reflexionar sobre el lugar de la derecha y la izquierda en las sociedades actuales, posicionándose abiertamente a favor del individuo, y se acerca a autores que intentan intervenir para que un destino familiar o individual no sea visto como catastrófico ni inexorable: al ser las desigualdades más endeble, permite pensar en trascender la posición, aun cuando nuestro autor complejiza las posibilidades de realizar ese traspaso.

Por último, y tal vez insertándose en uno de los debates principales de las sociedades contemporáneas, Dubet sostiene que la igualdad de posiciones permite salir de la aporía inscrita en la desigualdad de oportunidades respecto de la exigencia de reconocimiento, que supondría que tal proceso de visibilización equipararía estatus, cuando en realidad el festejo por la diferencia suele opacar –y por qué no reafirmar– las relaciones de dominación. Citando a Fraser, sostiene que hay que pasar del reconocimiento a la redistribución, lo que lleva a analizar críticamente el discurso de valoración de la diversidad cultural.

La escuela es un escenario privilegiado donde se visualizan y articulan las desigualdades y las injusticias sociales. Es también un instrumento que vehiculiza un cambio, que puede tender hacia sociedades más justas o más conservadoras. Analizar todos los contenidos que recorre Dubet en este nuevo libro es vital para todo aquel interesado en la educación e invita a profundizar cada uno de sus aspectos para reformular –o no– las prácticas educativas.